

Ha muerto un labrador en primavera

Cuando la primavera se aprontaba a cantarte
desde todas las ramas,
has muerto, labrador, a la orilla del surco.

La tierra no comprende la temible palabra,
que detiene las cosas
y las hunde en las aguas oscuras del silencio.

Por eso no están tristes los pámpanos nacientes,
ni los tréboles tibios, ni el canto de la alondra,
¡oh, sembrador de sueños!

La muerte se te vino certera, desgajándote,
árbol sereno y ávido;
sólo quedó un revuelto montón de ramas rotas.

Acaso en ese instante de agonía imprevista
dejaste la mirada que recorriera el campo;
y al ver la primavera de nuevo sobre el valle
anhelaste abrazarla por última vez.

Tú, que la convocaste con tu ademán de surco,
con tus manos ya casi vegetales,
tenías el derecho de tenerla en tus brazos
y dormirla en tu pecho.

Tú, que la despertaste
con tu dulce querencia de abejas y cigarras,
la dejas de repente extraviada en el bosque.

Quedan tus herramientas, para siempre arrumbadas;
la mancera tendida sobre el verde repecho;
la azada, luna rota en mitad de la tarde.

Y la yunta, que rumia, paciente, tu recuerdo...
Y tus parrales, huérfanos;
y tu acequia, sin rumbo;
y el olivar, sin pájaros.

Aquí, tus hijos, solos,
que no entienden tu viaje repentino;
y tu mujer, desierta, colmada de crepúsculos.

¿Quién despertará el pulso, mañana, de las cosas?
Y el pan, y el vino, y el amor
¿quién los traerá mañana?

Unos pocos amigos fumando tu silencio
-a la orilla del río profundo de la muerte-
preguntan ¡qué ha pasado, oh Dios en primavera!